

XV

Orozco derrota á los rebeldes

Paseual Orozco ha derrotado varias veces á los rebeldes de Villa, cuya cabeza persigue el guerrillero.

En Dolores, en Jiménez, en Santa Rosalía y en otras poblaciones del trayecto recorrido hacia Chihuahua, el Gral. Orozco ha logrado tomar contacto con los revolucionarios y batirlos.

Llegan detalles horripilantes del motín y fuga de presos en Tehuantepec.

Las destrucciones de las vías férreas siguen por diversos puntos del país, herencia tristísima de la revolución de 1910.

XVI

Otros cambios en el Gabinete

Debemos por hoy poner punto final á este folleto, con la información de que al finalizar Julio el Ministerio de Hacienda quedó á cargo del Subsecretario, Sr. Lic. D. Francisco de P. Cardona, pues dimitió el Secretario Lic. Toribio Esquivel Obregón, por indicaciones del Presidente, Gral. Huerta, el de Relaciones á cargo del Lic. Manuel Garza Aldape y el de Fomento á cargo del Subsecretario por no nombrarse todavía Ministro.

Se comenta en el público el hecho de que los Ministros del Sr. Madero sin intelectualidad, era natural que fracasaran, no así los que se juzgaban potencias en la formidable oposición al Gobierno de la porra, como los Sres. García Granados, de la Barra, Esquivel Obregón, Robles Gil, Gral. Mondragón y Vera y Estañol, que no perduraron en las carteras del Gabinete presidencial.

De casi toda la Liga de la Defensa Social el único que desplegó tacto y no ha ido al desastre, haciendo bancarrota política, es el Lic. D. Carlos Pereyra, que patrióticamente se condujo en la Subsecretaría de Relaciones, siendo promovido á Ministro Plenipotenciario y Enviado extraordinario de México en Bélgica y Holanda.

¡Cuánto lamenta la Patria que no todos los Ministros hayan salido por las puertas de Palacio, sino arrojados por los balcones!

Los Estados Unidos

Y

Nuestros Conflictos Internos.

POR

Juan Pedro Didapp.



MEXICO.

Tip. "El Republicano" Plaza de la Concepción 15.

1913

Los Estados Unidos

Nuestros Conflictos Internos

Juan Pedro O'Leary

1875

LOS ESTADOS UNIDOS

Y

NUESTROS CONFLICTOS INTERNOS.

CAPITULO AL REINADO

AL XXVI CONGRESO DE LA UNION

Ciudadanos Senadores y Diputados:

Los pueblos deben luchar sin tregua solamente en dos circunstancias de su vida constitutiva: cuando se trate de defender la soberanía y cuando se pretenden conquistar los derechos políticos. Porque fuera preferible desaparecer, arrancados de cuajo, á vivir llevando á costas una existencia esclavitaría y mendigando los derechos individuales de un amo y señor, importando bien poco su jerarquía, nacionalidad ó poder.

De consiguiente, teniendo por testigos las generaciones de cuatro centurias idas y presente el que las oportunidades no se repiten para inmortalizar á los grandes repúblicos, vosotros estáis llamados ó á esculpir en brances nombres para la posteridad, ó un epitafio, bañado en lágrimas de un Baobdil, en cada conciencia mexicana que se hunde en su sarcófago de vilipendio, ó que se remonte en alas de la gloria.

Cumplid, pues, con vuestro deber, aunque tengáis que morir en aras de la soberanía de todo un pueblo que hoy surge de un sueño profundo para ejercitar sus derechos de libre.

El Autor.

Octubre de 1913.

AL XXVI CONGRESO DE LA UNIÓN

Las relaciones sexuales y dignas

Los hombres tienen deberes que cumplir en los momentos
de su vida. Cuando se trata de las relaciones sexuales,
debe haber un respeto mutuo y una dignidad que no
debe ser olvidada. El hombre debe ser consciente de su
responsabilidad y actuar en consecuencia.

El hombre debe ser consciente de su responsabilidad
y actuar en consecuencia. Debe haber un respeto mutuo
y una dignidad que no debe ser olvidada. El hombre
debe ser consciente de su responsabilidad y actuar en
consecuencia.

El hombre debe ser consciente de su responsabilidad
y actuar en consecuencia. Debe haber un respeto mutuo
y una dignidad que no debe ser olvidada. El hombre
debe ser consciente de su responsabilidad y actuar en
consecuencia.

El hombre

Octubre de 1918

¿Min hü- el-bie.jhak seght-el-backiat?
Rezz-el-Eddin.

We are not to laugh when we should moan and
cry.—Bryant.

Que voulez vous que je fasse?. Rira bien qui ri-
ra le dernier.—Hugo.

La risa no es argumento de convicción, sino sín-
toma de histerismo; por eso, será preferible reír al
último para reír mejor, y no reír para después
llorar peor que las mujeres.—J. Pérez-Daza.

CAPITULO ALFONSO



...de los Estados Unidos, y en consecuencia, a la independencia de un poder europeo, al ser intervenidos por un poder europeo, y en estos momentos de decisión para nuestra soberanía interior, al encontrarse, frente á frente, con la rivalidad del capital europeo. ¿Ha habido razones para ello? En tanto que unos afirman que sí, otras afirman que no. Para los liberales de buena cepa, la mirada escudriñadora é inquisitorial norteamericana ha tenido, tiene y tendrá siempre razón de vigilar por nuestra suerte futura; pero los elementos conservadores niegan á los Estados-Unidos los derechos policiales. ¿Quiénes se encuentran en su puesto?

Intereses Completamente Opuestos

I

En tres grandes y solemnes ocasiones, los Estados-Unidos han fijado su mirada sobre nuestros destinos futuros: al independernos de un poder europeo, al ser intervenidos por un poder europeo, y en estos momentos de decisión para nuestra soberanía interior, al encontrarse, frente á frente, con la rivalidad del capital europeo. ¿Ha habido razones para ello? En tanto que unos afirman que sí, otras afirman que no. Para los liberales de buena cepa, la mirada escudriñadora é inquisitorial norteamericana ha tenido, tiene y tendrá siempre razón de vigilar por nuestra suerte futura; pero los elementos conservadores niegan á los Estados-Unidos los derechos policiales. ¿Quiénes se encuentran en su puesto?

Existen en México ciertos grupos que pretenden ser puritanos, los cuales están siempre aspirando por un estado de cosas ideal en achaques de libertades públicas. Para éstos, el pueblo es libre para orientar como le plazca, sin coacciones ni imposiciones de ninguna clase, sus asuntos exteriores; pero que goza también del privilegio de limitar sus tendencias democráticas, al encontrarse con aspiraciones extrañas más perfectas, y de las cuales podría derivar algo más ventajoso para el perfeccionamiento interior. Estos grupos son li-

CAPÍTULO ALGUNO

berales según la expresión más sana y genuina de este término, y sus miradas se dirigen siempre á aprender algo de los Estados-Unidos. Durante nuestra emancipación política, estos elementos se inspiraron en el esfuerzo norteamericano para proclamar su independencia; y durante la invasión de nuestros derechos, cuando estaba á punto de naufragar nuestra nacionalidad, esos mismos grupos dirigieron sus miradas hacia el coloso país vecino. En ambas épocas pudieron encontrar un apoyo, si no material, al menos moral.

Mas también tenemos en México (herencia bien vieja) una facción poderosa de ciudadanos, la cual, confundiendo los privilegios del dogma religioso con las prerrogativas civiles, siempre ha aspirado al predominio en la cosa pública y pretendido llegar á él por todos los medios posibles: en tiempo de nuestra emancipación política, hicieron causa común con los opresores, y en la época de invasión, fueron la causa directa de la importación de un príncipe extranjero. Estos elementos son los conservadores, cuyas tendencias han sido siempre anti-norteamericanas y, ostensiblemente, anti-democráticas. Unas veces luchan de frente y en campo abierto, y otras veces luchan en la sombra y tiran á mansalva; pero, en todas ocasiones, han pretendido herir con pulso seguro. A través de los primeros años de nuestro incipiente sér nacional, fueron monopolizadores del poder público, cubriéndose los rostros con los fueros consignados malamente en nuestros códigos; mas al triunfo decisivo de las huestes liberales y derrocado el llamado Imperio de Maximiliano, quedaron tan mal parados y deshechos sus materiales de combate, que se replegaron á un voluntario olvido, haciendo solamente sentir su fuerza vitalicia á través de la mística y dulce oración femenina; hasta lograr obtener, nuevamente, una preponderancia en los destinos públicos de la República. Ayer como hoy, y hoy como ayer, ellos han movido los resortes de un éxito seguro: podrán permanecer en silencio por más o menos tiempo, pero siempre están alertas y entran en línea de combate cuando la ocasión es propicia.

Esta facción nacional se presenta con variados ropajes, que es muy difícil descubrir su formación interna. Nadie le niega el derecho político, mas ella siempre se queja de falta de libertades cuando se encuentran fuera del poder, y ejerce ese poder con mano de hierro cuando se encuentra en él. Llámasela conservadora en el Imperio, clerical en la dominación española y 'científica' durante el régimen del general Díaz. Su misión ha sido siempre la misma: sembrar entre las masas el odio hacia la gente rubia del Nor-

te y los derechos preferenciales hacia todo elemento que proceda de naciones que proclamen una oposición á ese elemento de la civilización moderna. ¿Cuál será el objeto directo? (1)

En cambio, los grupos opuestos en política, carentes de los elementos indispensables para una lucha serena y tranquila, y que no entran en la formación de los liberales puritanos, se manifiestan, en el campo de los hechos positivos, con odios africanos á esas clases que ellos llaman retrógradas, y quisieran, á guisa de antropofagos, devorarlas. Estos grupos también son enemigos de los elementos norteamericanos, á pesar de haberse levantado al nivel moderno impulsados por la enseñanza innegable de los pobladores del Norte. Empero, desgraciadamente, éstos ni son políticos, ni son patriotas, ni son nada que se lo parezca; son elementos dispersos y peligrosos, tendentes al saqueo y al despojo en las grandes crisis nacionales. Solamente necesitan un jefe, un "leader," un capitán para lanzarse á una abierta rebeldía á todo poder. Aunque empuñen en su bandera una virgen, son unos ateos, y aunque proclamen los principios de una constitución política que no entienden, para ellos la ley es un tormento. En una palabra, esas gentes no son ni liberales ni conservadores; son peores que las kábilas de los árabes en los desiertos del Sahara. (2)

Sin embargo, tanto los liberales puritanos como los conservadores se valen de ellos para sus fines: ignorantes de todo principio, son la carne de cañón y van á donde los llevan los llamados directores políticos. Que sean anti-norteamericanos, no es de extrañarse; que sean impíos, tampoco; porque el anti-norteamericanismo y la impiedad religiosa, en este país, son dos artículos de lujo, de los que se valen tanto los gobernantes carentes de dotes políticas, como los políticos intrigantes carentes de buena fe democrática. (3)

Ya era tiempo de que todos los buenos ciudadanos de México comenzasen á pensar en los destinos de esta patria, puesta á tasa por los traficantes: si tanto liberales como conservadores pretenden ampararse en la ley, ¿por qué la inteligencia no ha llegado á establecer sus cuarteles entre nosotros? Es que la religión es un pretexto para los conservadores y la Constitución una ganzúa para los llamados liberales, en tanto que los capitaneados por unos y otros son masas desenfrenadas, enemigas de toda propiedad y adversas á todo derecho ajeno. Y en esa comedia trágica, los observadores extranjeros, ignorantes de las causas, lanzan toda culpa á los Estados-Unidos. (4)

Soberanías que se afectan.

II

Nadie más que yo tiene razones para inculpar á los Estados Unidos de hechos punibles, porque nadie más que yo posee documentos y se siente agraviado por una parcialidad rayana en complicidad; no obstante, vistas las cosas con criterio sano, el país vecino tiene razones poderosas para preocuparse de nuestros destinos interiores, como que la estabilidad de nuestra soberanía afecta directamente la suya propia. Los Estados-Unidos fueron instituidos políticamente en la inteligencia de ser los custodios de los derechos del hombre en este hemisferio, así como la Francia en el Viejo Mundo. Escrupulosos del deber que se han impuesto, tienen forzosamente que preocuparse por la suerte de sus vecinos. El nacimiento de la famosa Doctrina Monroe no obedece á otra causa. Si toda la América estuviese incluida en el mapa de los Estados Unidos, el principio soberbio de Monroe no hubiera echado tan hondas raíces en la conciencia norte-americana; mas, teniendo los Estados-Unidos enfrente la ambición europea, con sus poderes coaligados en un momento dado, encontrarían su integridad amenazada, si por una contingencia hubiese un descuido respecto de los movimientos internos de los países latinos, cuya solidez republicana está aún á discusión. No fuera posible exigir que los poderes europeos se convirtiesen en sistemas democrático-republicanos, por la sencilla razón de que á la Europa le aletargan los entorchados del militarismo y la nobleza feudal. Si bien es cierto que habría que exceptuar á la Francia, tampoco convendría olvidar que las clases privilegiadas imperan en el Viejo Continente. El militarismo tiende á la autocracia, la nobleza tiende á la autocracia, el feudalismo tiende á la autocracia; lo mismo que todo elemento conservador europeo en el poder. Aunque la Francia es la mantenedora de los derechos del hombre y fué la egida formidable en que esos derechos descansaron, al ser proclamada la forma republicana de gobierno, colocado ese pueblo en un centro feudalista, está amenazado de contagio de muerte. Porque no se concibe una república central de nobleza; porque la República Francesa no puede considerarse sino como sistema imperfecto popular. Con la diferencia del cambio periódico del Jefe del Poder Ejecutivo, Francia está al nivel de las demás Potencias de Europa respecto de su forma de gobierno; porque si los franceses dispo-

nen de poder político popular, ese poder es central y acepta los privilegios de castas de hecho; lo que acontece en Inglaterra, Alemania, Italia, España y Austria. La única excepción fuera Rusia, que centraliza todos sus poderes en su Ejecutivo; pero esa diferencia consiste en que en Rusia aun se cree en la emanación directa del poder conferido por la Divinidad á los monarcas, entanto que en las otras naciones monárquicas europeas los pueblos, comulgando á medias con la teoría, participan en algo de las ideas modernas de gobierno popular. De todos los pueblos del Viejo Continente, el único de instituciones populares completas es Suiza; pero no hay que perder de vista que Suiza vive, no porque sus instituciones sean eminentemente populares, sino porque su integridad, la fortaleza de su esencia política y la estabilidad de su forma republicana descansan en el temor recíproco que se tienen los demás grandes pueblos europeos, no importando la bondad de sus regímenes interiores. Si hubiese la certeza de un acuerdo total en el reparto de Suiza entre Estados limítrofes, esta era la fecha en que Suiza hubiese sido otra Polonia.

La misma Suiza, pueblo ideal, según el señor Bulpes, en cuestiones democráticas, y la síntesis de las instituciones populares, conforme á la creencia de nuestros estadistas, que nunca han visto ni de lejos el hermoso país de Guillermo Tell, en un caso dado, se aliaría á un concierto europeo en una acción coaligada para instalar en el hemisferio occidental los sistemas políticos con privilegios de castas. Mientras existan los gobiernos constitucionales á medias en Europa, los pueblos del Viejo Mundo tienden siempre al reconocimiento de los entorchados militares y de los señores de las luengas caudas en las grandes recepciones palaciegas. Para que los grandes y cultos pueblos europeos dejen de ser considerados como amenazadores para las instituciones republicanas del hemisferio occidental, fuera indispensable la desaparición de los Ejecutivos monarcas, con los cuales tendrían que desaparecer los dos poderes más formidables de ahí derivados: el militarismo y la nobleza, ambos considerados como peligrosos para la existencia de un poder eminentemente popular. E, imbuídas las dos instituciones en los derechos de preferencia, fuera muy difícil cambiar de una sola plumada los viejos ideales, arraigados perfectamente en la escuela de tales gobiernos.

No queda, pues, más que un solo poder, considerado como custodio de la institución humanamente perfecta en cuestiones de regímenes políticos, y ese poder se encuentra en el hemisferio occidental, y se llama los Estados Unidos de América. Incuestionablemente, si ese poder se descuida, viene á

tierra: porque, coaligadas todas las fuerzas opositoras, y teniendo al enemigo á sus puertas, se encontraría amagado de muerte. Es, además, indudable que los pueblos de este hemisferio no podrían retroceder en su forma política, porque el retroceso fuera su aniquilación absoluta. Pues aquí no podrían germinar, de nuevo, ni un militarismo exagerado, ni una nobleza, para la que se conserva un santo odio. No lo primero, porque los sistemas militares, indispensables para el mantenimiento de los gobiernos, aquí se convierten en enemigos declarados de todo régimen civil y se constituyen en dictaduras más ó menos tolerables. Tampoco lo segundo, porque las noblezas absorben todos los derechos individuales y dejan á los pueblos en estado de piedad lastimosa. Con ambos regímenes, la República retrocede en su avance; desde el momento que se admiten gremios que restan de la soberanía popular todos sus esplendores, la República está llamada á desaparecer; lo que jamás podría ser aceptado por el pueblo eminentemente americano, después de una centuria de conquistados los derechos del hombre. No importaría, para el caso, que los cercos graves de una monarquía se envolviesen en ropajes de más ó menos democracia; aquí hemos nacido para fortalecernos en el ejercicio republicano; y como nos fuera imposible, dadas las características de raza, el sostenimiento en medio de las acechanzas europeas, resulta lógica la custodia norteamericana. Tampoco quiero decir que nos sean inútiles los elementos europeos en nuestra existencia evolutiva; sino que, no teniendo el poder de la absorción de razas, tenemos que dejar la tutela en manos de un poder absorbente. Este poder es el norteamericano. (5)

Intromisión por la fuerza del destino.

III.

Los Estados-Unidos conocen perfectamente su posición en tan duro trance; sujetos nosotros á los vaivenes de los caprichos de una raza débil y agitada en sus cimientos de formación, nos encontramos en un período de tutoría político-internacional. Será dura la expresión, pero, mientras no existan los fundamentos para revestirla de mayor benignidad, yo tengo que sostener lo racional, lo humano. (6)

Se dirá que los Estados Unidos se han ido más lejos en su contacto con los pueblos latinos de este hemisferio; á cuya afirmación no tengo objeción

que oponer. Empero, si la existencia interna de un pueblo se encuentra amenazada, destruir no fuera un crimen, si la destrucción implicara la salvación propia. La Gran República Americana tiene al Norte un pueblo sujeto á la Gran Bretaña en su política exterior; y si al Sur tuviese un Estado influido por un poder europeo, se colocaría al pueblo más libre de este continente en una posición terriblemente difícil; fácil, por ende, de ser mermado y hasta destruido. Esto mismo fué comprendido durante la efímera existencia del Imperio de Maximiliano. La historia nos dice que los Estados Unidos, concluidas sus dificultades internas, resueltamente le dijeron á Francia que debería retirar sus tropas de México. Precisamente, á la presión norteamericana atribuyen los conservadores su derrota entonces, y hasta llegaron á llamar traidor á Juárez, por la supuesta ayuda recibida de los Estados-Unidos. ¿Cómo podían imaginar los prohombres del Imperio que la Gran República hubiese permanecido inactiva en vista de una institución imperial á sus puertas? Los liberales de aquel tiempo quedaron agradecidos, dentro del decoro nacional, á los Estados-Unidos. Y aunque los tiempos han cambiado, las circunstancias topográficas no han debido cambiar aún, supuesto que siempre los Estados Unidos tienen al Norte al Canadá, posesión inglesa, y al Sur á México, Estado independiente. Si la influencia europea llegase á predominar (porque este es el móvil de la actitud norteamericana), en México, ese país parece tener razón para alarmarse. Se entiende que esta es simplemente una suposición, deducida de los hechos que se desarrollan actualmente. Por lo mismo, al afirmarse en sus ideales de conservación anterior, los Estados Unidos encuentran una coyuntura para oponerse al desarrollo paulatino de una influencia que ellos consideran peligrosa. "Si los países latino-americanos, me ha dicho un gran estadista norteamericano, supiesen consolidar sus gobiernos, este país no tendría motivo alguno de queja; pero esas naciones al Sur de nosotros, con su espíritu turbulento y su tendencia preferencial hacia Europa, parecen herir de muerte nuestra propia nacionalidad. No tenemos—nunca hemos tenido—intenciones de absorción hacia otros Estados hermanos; la América Latina es más útil á nosotros independiente de nosotros mismos que unida á los Estados Unidos. Nosotros queremos una unión fraternal, para garantizar la soberanía de esos pueblos de habla española; pero admitir alianzas abiertas ó encubiertas con perjuicio de nuestra soberanía, fuese tanto como consentir en la destrucción, lenta ó rápida, de nuestro sér, lo que no fuera humano suponer, dados nues-

tros intereses comprometidos y los compromisos contraídos ante el mundo.”

Y ese estadista no está solo, sino que esta es la unánime opinión de todos los norteamericanos sensatos, que no tienen ningunos deseos de expansión territorial en la América Latina. No pueden ni deben los Estados- Unidos perder de vista la importancia de la influencia europea en México. Suponiendo el caso de que el gobierno mexicano, por circunstancias de conveniencia de existencia intrínseca llegase á establecer cualesquiera pactos que implicasen una alianza con un poder enemigo de los Estados- Unidos ¿podrían éstos permanecer tranquilos? México, con sus elementos propios, en vez de peligrar la existencia íntima de los Estados- Unidos, es un vecino útil; pero México aliado á un poder europeo, no fuera lo mismo. Además los Estados- Unidos, en la creencia de que los mexicanos, en general, se inclinan hacia sus tendencias políticas, poco se preocupan por lo predicado por algunos elementos anti-norteamericanos; de ahí sus miras hacia el establecimiento de un gobierno en México de aspiraciones siempre liberales, y tendrán que perturbar las maquinaciones que indican establecimiento aliatorio de un sistema favorable á los intereses europeos.

Por lo mismo, en la controversia actual, sin declararse abiertamente hostiles á los unos ó á los otros de los contendientes, se los ve en actitud expectante. (7)

IV.

Regímenes militares según los Estados- Unidos.

Habiendo visto permanecer tan largo tiempo en el poder un régimen en México que ellos consideraron deprimente para las instituciones republicanas, no ocultaron su gozo al ver surgir un movimiento popular con tendencias á derribarlo del gobierno. Esa alegría estaba en su sér íntimo; y de no estarlo, sus intereses hicieronla forzosa. Para nadie es un misterio que la Casa Blanca hizo causa común con los revolucionarios de 1910. Aun más; existen pruebas para afirmar que esa revolución se tramó en el Departamento de Estado de los Estados- Unidos. (8) Empero, dada la índole de la explosión, no hubo protestas; todo lo contrario, yo mismo oí aplausos para los norteamericanos que simpatizaron con los revolucionarios victoriosos. Por excusado se da el que los liberales al rojo vivo, cuyas ideas participan de la democracia norteamericana, se alegraron de que los Estados- Unidos hubiesen expresado su sentimiento en una forma tangible. Por su puesto, entonces los directores del movimiento regenerador fuéronse muy lejos, hasta estable-

cer pactos secretos con nuestros poderosos vecinos del Norte. ¿Cuáles fueron esos pactos? Es cosa que la historia se encargará de deslindar responsabilidades futuras. Sin embargo, aunque los «leaders» no hubiesen pactado nada favorable y ofrecido algo, los Estados- Unidos habrían, gustosos, hecho lo mismo, con pactos ó sin ellos. Se trataba de instalar un gobierno liberal de hecho y los americanos—lo han probado—siempre han estado dispuestos á la instalación de semejantes gobiernos en sus fronteras. El general Díaz revolucionó como liberal, estableció un gobierno liberal y fué victorioso mientras se mantuvo liberal; habiendo estado á punto de consolidar la paz, á no precipitarse en brazos de los enemigos de los derechos de la libertad. Por unas ú otras razones, el héroe de la Carbonera comenzó bien, continuó bien y acabó por declararse acérrimo partidario de la usurpación de poderes: fué tan escrupuloso en el mantenimiento del principio que él llamó autoridad, que se concluyó por corromper á los representantes de la ley, quienes nada resolvían ya sin su consentimiento, y dieron al traste con la majestad de la misma ley y sus códigos. (9)

Empero, este solo hecho no podía servir de tema de una lucha intestina; hubo necesidad de apelar á algo más práctico para las masas, y ese algo fué el reparto de las tierras. Mas ¿cómo había de hacerse ese reparto? La manera poco importaba; lo que urgía era atraerse prosélitos al campo de la lucha armada. El reparto famoso era solamente una ganzúa, á fuer de ser un ridículo mito: ¿como se iba á hacer el reparto á quienes no saben conservar sus tierras? En los países en donde toda propiedad rústica va á parar á manos de un agiotista, por falta de tino para trabajar y ahorrar, aconsejar repartos de tierras es despertar instintos malsanos é incitar á la violencia armada en contra los derechos de la propiedad legítimamente adquirida.

Hablar de la ley vulnerada, de la no aplicación de la Constitución de 57, de los abusos del poder omnímodo del General Díaz, era música celestial; ello no podía enardecer los ánimos para contribuir á un conflicto interno. Se habló de la tierra y todo el mundo oyó, con excepción de los verdaderos grandes terratenientes, quienes estaban con el general Díaz, porque con él se encontraban todos los elementos que significaban algo positivo. Además, este pueblo es de sentimientos nobles é hidalgos, tiene invívito el espíritu de la Justicia distributiva; cuando vió que un hombre fué encarcelado porque osó lanzar su candidatura en contra de la del general Díaz, sumó simpatías con ese encarcelado, sin saber quién era, ni cuáles sus tamaños. De ahí el odio estallado en contra la gente del poder entonces. No había más

que un individuo visible; los amigos del Presidente á ese atribuyeron la revolución, por no herir las columnas sobre que habían erguido al heroico soldado. Pero, señores, se les dijo, Corral no era todo el culpable; porque el general Díaz sumaba todos los poderes y los demás políticos militantes en su torno sabían recibir solamente golpes, endosando los lauros al gran estadista. No obstante, por largos 35 años, la nación nacionalizó los errores del general Díaz, sin aceptar los errores de los colaboradores; por esto mismo sus colaboradores eran odiados: los periodistas, poetas y escritores, al referirse á los errores del Presidente, los atribuían á Limantour, ó bien á Corral; empero, ni el uno ni el otro habrían existido, si el general Presidente así lo hubiese deseado; habrían desaparecido de la escena política, como desaparecieron Justo Benítez, Vallarta, Baranda, Reyes, Mena, y el mismo General González. Pero es que Corral y Limantour tuvieron la gracia de caer en gracia, y así pudieron cautivar al mandatario y á los mandados.

El Gobierno porfirista no ha sido bien juzgado; los unos le han atribuído cargos inmerecidos, hijos de las pasiones; otros le han tributado elogios, también inmerecidos; productos de la gratitud por beneficios inúmeros recibidos: se necesita un cerebro sano, fuerte é independiente para intervenir en la controversia. Yo, que tanto dije de la gestión financiera del señor Limantour y me opuse á la selección del señor Corral en plena Cámara de Diputados, cuando todos nuestros actuales políticos se encontraban escondidos de espanto, quiero intervenir en horas aun más peligrosas que las idas. Si en aquella época no me atemoriqué; si pude probar mi resolución aun en el campo de la lucha armada, en donde los mismos intrigantes de ayer pretendieron que se me fusilara; si respondo de mis acciones en todo tiempo, no hay para que se tema de que yo me calle en los momentos de prueba. Durante el régimen del general Díaz, el pueblo indiferente, todos sus colaboradores deben asumir las responsabilidades que les corresponden; pero ¿se pudo gobernar mejor? Ahí está la incógnita del problema político que hoy juzgamos y la defensa más completa de esos hombres, para quienes se lanzan maldiciones. Si hubo algún culpable, no debe ser otro sino el mismo pueblo, que resistió los procedimientos del cacicazgo de entonces y naturalizó los errores del poder. (10)

Los Estados-Unidos estaban bien al tanto de nuestra política interior, como que, sin que los mandatarios mexicanos se diesen exacta cuenta, había aquí en México (y los ha habido siempre) agentes secretos del gobierno de Washington, con el exclusivo fin de acaparar informes y enviarlos á la

Casa Blanca. Este sistema comenzó á usarse por las autoridades norteamericanas desde que el general Díaz subió al poder. Harrison, Cleveland, McKinley, Roosevelt y Taft continuaron ese sistema, y todos ellos estaban empeñados en conocer nuestro sistema interior de gobierno; porque los Estados Unidos, celosos de su propia integridad, parecían muy interesados en nuestros asuntos interiores. Y, aunque con mucho decoro, durante 35 años, muchos de nuestros problemas internacionales comenzaron á tramitarse en la Embajada acreditada por los Estados-Unidos cerca de nuestro Gobierno.

De ahí que, con datos tan precisos, la Casa Blanca, usando el mismo sistema japonés de espionaje, se encontraba bien informada de nuestras aptitudes en el ejercicio político-democrático. Se sabía en Washington que aquí no existía, en el sentido más completo del término, el ejercicio político; no se sabía ahí que ese ejercicio tampoco era factible estilo-americano, dada la escasez de discurso democrático en un medio en donde el espíritu público ya no existía, gracias al círculo, que, en los últimos años, comenzó á rodear al general-Presidente. Datos fehacientes existían sobre las mesas de los Presidentes americanos de que el sistema imperante en México era de exclusión para una democracia avanzada; que elecciones, propiamente dichas, nunca habían sido hechas en México; que la justicia distributiva era negativa en su administración; que el principio dominante era el gobierno de una mano de hierro; que el Congreso, el Senado, los tribunales de justicia, los Estados de la Federación y todo lo que significaba institución política reposaba sobre el dictamen, envuelto en la conciencia y pendiente de la resolución de un solo hombre, del general Díaz. Se creyó que el militarismo había tomado carta de naturaleza en México. Mas, en los Estados-Unidos, no se tenía ni una idea de las condiciones precisas de nuestro pueblo en el ejercicio político-democrático; unos cuantos advenedizos «tramps» arrancados del socialismo más detestable norteamericano, aprovechándose de la ignorancia supina de las masas, empezaron una labor de zapa, disque enseñando á las clases del bajo fondo. El mandatario, confiado en los cimientos de su obra y aconsejado mal por un grupo de verdaderos ambiciosos, quedó atrás de su magno trabajo; esto es, el país, el pueblo, bebiendo nuevas doctrinas, en tanto el general Díaz se iba quedando á la retaguardia de los movimientos modernos, iban á la vanguardia, usando el lenguaje militar del gobernante. Los incensadores del poder no quisieron comprender esto, y los que así lo comprendieron, carecieron del valor para decirlo; conformándose con hacer cargos terribles á los colaboradores, dejando intacta la re-

putación del mandatario supremo de los destinos nacionales. Ahí está el error. Sin desconocer las responsabilidades contraídas por los satélites del señor Limantour y los suyos, el general Díaz debe justificar ante la historia sus procedimientos propios, á fin de que sus dimensiones no desmerezcan como gobernante. Por lo tanto, yo infero—y sostengo ante el mundo—que las responsabilidades del actual conflicto reposan sobre: el general Díaz, porque pudo prever los resultados el señor Limantour y su círculo, porque fueron los autores directos de todas las desgracias del país; el pueblo entero mexicano, porque prohió esos errores y les dió carta de ciudadanía. Por lo mismo, es una cobardía atribuir las responsabilidades á un solo grupo, gremio ó ciudadano. (11)

Los Estados-Unidos se aprovecharon, para sus propios fines, de ese estado anormal político y al presentarse un hombre en la escena, llamándose redentor, hicieron uso de ese hombre y lo lanzaron como un anzuelo en mar revuelto.

Los empleados de México en el exterior.

V

Si la República hubiese tenido buenos servidores en el Extranjero, los empleados consulares en los Estados-Unidos habrían descubierto la confabulación que se tramaba en contra del gobierno; pero el servicio consular mexicano, y aun el diplomático, nunca han llenado su cometido. Formado el Cuerpo Consular por selección del señor Limantour, todo miembro útil nombrado por el señor Mariscal fué eliminado por los señores «científicos,» para colocar á personas allegadas á ellos; de ahí que, á pesar de que comenzó el señor Madero su propaganda en 1906 en San Luis, Mo., en las columnas de un periódico socialista, los Cónsules nada supieron del caso, y solamente se fijaron en el editor de él. Porque don Francisco fué quien dió las primeras sumas de dinero para el sostenimiento de «Regeneración,» periódico que por persecuciones inoportunas, llegó á sentar sus reales en los Estados-Unidos y á tener el apoyo de los socialistas americanos. El gobierno, pudiendo haber nombrado á personas aptas para contrarrestar fuerzas, siguió los consejos del señor Limantour, perjudicándome á mí, resuelto á quemar el último cartucho en favor del general Díaz, á pesar de disentir en algunos puntos de la política internacional é interior del sistema seguido hasta entonces. Siendo Cónsul en Norfolk, Va., hizo notar que se preparaba un movimiento envolven-

te, apoyado por capitalistas norteamericanos, quienes, creyéndose perjudicados con la formación de la Compañía Petrolera del Aguila Mexicana, intentaron el recurso de fomentar un movimiento armado. No quise entonces dar nombres, porque yo nunca he desempeñado el papel de denunciante, ni tenía porque desempeñarlo, desde el momento que Limantour y los suyos, con odios de africanos, me habían perseguido hasta en mi destierro: incitaron la protesta del Gobierno Español en mi contra; pusieron en ridículo la Cancillería Mexicana y fueron la causa directa de que se me relegara en un pueblo de quinto orden en la Confederación Americana. Por lo mismo, teniendo grandes agravios en contra de esa gente, quise intentar una vindicación, cuando el señor Creel ascendió á la Jefatura de Relaciones Exteriores, y pretendí pulsar el espíritu de justicia que embargaba al Gobierno Mexicano. Siento decirlo, no encontré justicia alguna; y si yo no pude obtener la aplicación de la justicia distributiva, ¿qué podían esperar los millones de de infelices indios y demás clases mexicanas, sedientos de ella? Bastó por lo mismo, que yo indicase que se preparaba una revolución armada, contando con elementos americanos. Al mismo tiempo que yo comunicaba á Relaciones, con cierta frialdad la noticia, el «American Magazine» comenzaba á publicar una serie de artículos y en cuyo texto nuestra civilización rodaba por tierra. Ahí podía haber inexactitudes, pero en el fondo los cargos eran concretos: las clases desvalidas estaban á la disposición esclavitaria de los del señor Limantour, y las autoridades subalternas no eran sino terribles caciques de horca y cuchillo. Los Gobernadores, con pocas y honrosas excepciones, no tenían más voluntad que la del señor Limantour, cuyo deseo el señor Presidente cumplimentaba á últimas fechas. Y tal parecía esto, que el General Díaz había olvidado su papel de gran dictador y dejaba la nave del Estado en manos de un reducido círculo de traficantes políticos. En los bancos, en las empresas industriales, en los sistemas ferrocarrileros, en las grandes negociaciones mineras, en las explotaciones de nuestras riquezas naturales y en todo impulso público, se filtraba el aliento de un grupo «científico.» Los grandes sistemas de nuestro saneamiento en nuestras ciudades, las enormes fundiciones de hierro y acero, el mejoramiento de nuestros puertos de altura y cabotaje, los almacenes de depósito y todo lo que indicase un soplo de movimiento material era concesión concedida á los amigos del señor Limantour. Y todo lo intelectual que no apoyase esas maniobras financieras y políticas iba á la cárcel ó á un destierro honroso, con un sueldo de escribiente. (12)

Empero, eso no fué todo; la política del señor Limantour, probablemen-